TINIEBLAS Y LUZ

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

José M.ª Gutiérrez Palacio



OVIEDO
Establecimiento Tipográfico de Uría Hermanos
Calle de San Juan, núm. 8
1917

TINIEBLAS Y LUZ

TINIEBLAS Y LUZ

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

José M.ª Gutiérrez Palacio



OVIEDO
Establecimiento Tipográfico de Uría Hermanos
Calle de San Juan, núm. 8
1917

A la Venerable

María Bernarda Soubirous,

la humilde Vidente de Lourdes

dedica esta obra.

José María Gutiérrez.

Personajes

Tomás, zapatero.................
María, su esposa.................
Lucila, hermana de Tomás......
Juan, escribiente...............
Saldaña, obrero..................
Mártin, obrero....................
Un cabo del ejército............
Fray Roque. ·....................
Un fotógrafo periodista..........
Una niña.........................
Jefe de policía..................
Policías.........................
Un hombre del pueblo...........
Dos muchachos..................

La escena en Barcelona

Época actual

En el primer acto la escena representa una habitación pobre de piso bajo que tendrá una puerta por el fondo que comudica con la calle; otra puerta por la derecha que dará al interior de la casa, otra tercera puerta pequeña por la izquierda que da a una habitación. Al fondo y entre la puerta principal y la de la izquierda nna pobre mesa de zapatero con los utensilios del oficio; una pequeña estantería con hormas y otros efectos, y entre estos, algunos libros y folletos.





ACTO PRIMERO

ESCENA I

MARÍA y TOMÁS

Tomás sentado y trabajando en el oficio; María sentada a su lado y cosiendo. Tomás vestirá blusa larga.

TOMAS — Están los tiempos muy malos:
tan poco es lo que se gana,
y eso trabajando mucho,
que para comer no alcanza.

MARIA — Cortita la ración es;
pero comemos... y basta.

TOMAS — Sí; mas otros hay que comen
mejor y nunca trabajan.

MARIA — ¡Pero, hombre! ¿tú has de estár siempre
lamentando la desgracia
de tener que trabajar?
Así es que la vida amargas
envidiando ajenas dichas,
y no te contenta nada;
pasas las horas enteras
y días y hasta semanas
taciturno, pensativo,
iracundo, hecho una rabia.
¿Que otros comen bien...? ¡que coman!
¡qué más te da! pues lo pagan;
y aunque mal otros lo pasen
no por eso bien lo pasas.

TOMAS — Que trabajen como yo,
y que con otros repartan
sus tesoros, sus riquezas;

que son nuestras.

MARIA ¡Vaya, vaya!
la canción de siempre.

TOMAS Sí;
mas tú no sabes cantarla.

MARIA ¡Qué falta hace! Lo que sé,
Tomás, es que antes estabas
risueño siempre, contento,
alegre como unas pascuas,
satisfecho. Entonces sí
que con frecuencia cantabas;
y no digas tú que entonces
la abundancia nos cercaba;
no era menor el trabajo,
no era mayor la ganancia;
comías como ahora comes,
gastabas como ahora gastas.
Lo que hay es, que esos amigos
de quien tanto te acompañas,
y que quisiera, Tomás,
no verlos más aquí en casa,
te trastornan la cabeza
con sus malas propagandas.

TOMAS La canción de siempre.

MARIA Sí.
No me canso de cantarla;
pero veo que es inútil.
De buena gana quemara
ese montón de folletos
y libros que tanto guardas;
sobre todo esos de Roque
Bermúdez, que disparata
de lo lindo, según dicen.

TOMAS ¡Es un sabio! ¡no le iguala
en escribir ningún otro!

MARIA ¡Si hiciera yo lo que él manda..!

TOMAS ¿Qué?

MARIA ¡Me avergüenzo al pensarlo...!

TOMAS No acanseja cosas malas.

MARIA ¿No aconseja el amor libre?

TOMAS Sí.

MARIA Pues si yo...

TOMAS Te matara.

Porque estimo más la honra
que la vida.

MAIRA ¡Hola...! ¡Vaya ..!
Mira, pon fuego a esos libros
y papeles, pues te sacan
de quicio.

TOMAS Son mi tesoro.

MARIA Don Quijote de la Mancha
perdió el seso por leer
libros que le trastornaban.
Y un cura los quemó todos.
También para tí hace falta
otro cura.

TOMAS ¡Un cura dices?
Ninguno entrará en mí casa.
(A no ser a comprar botas.)

MARIA Con esas cosas espantas
a los parroquianos,

TOMAS ¡Quiá!

MARIA Y hasta temo que a tu hermana
la perjudiques.

TOMAS ¿Por qué?

MARIA Ya sabes lo adelantadas
que con Juan sus relaciones
están.

TOMAS Lo sé.

MARIA Y sabes que hablan
ya de casarse.

TOMAS También.

MARIA Pues como son tan contrarias
las ideas que Juan tiene
a las tuyas...

TOMAS Eso nada
puede influir para el caso:
puesto que las de mi hermana
son lo mismo que las de él,
y aun un poco más fanáticas,
no le importará que yo
piense de otro modo. ¡Lástima
que sea tan clerical!

MARIA Precisamente me agrada
que lo sea. Dí: ¿prefleres
acaso a Pedro Saldaña?

TOMAS — Para amigo quiero a Pedro.
Para esposo de mi hermana,
no hay duda ninguna, a Juan;
y eso que ya está en la raya
de la burguesía.

MARIA — ¡Bah!
A un escribiente que gana
el pan quemando las cejas
¿ya tú por burgués le tachas?

TOMAS — Aun no sé si es escribiente.

MARIA — El lo dice.

TOMAS — Eso no basta.
Y pues habla de casarse,
sería bien te informaras
de quien es, y muy a fondo,
que hay apariencias que engañan.

MARIA — ¡Ah!

TOMAS — ¡Qué!

MARIA — Que llama la niña.
Despertó un poquito mala,
y no la mandé a la escuela.

TOMAS — Pero ¿qué tiene?

MARIA — No es nada;
se ha desayunado bien,
y ha rato está levantada.
Hoy se entretiene tu madre:
la pobre, tan delicada
é impedida, con la niña
alegres las horas pasa.

TOMAS — Niña mas buena y hermosa
no se encuentra en toda España.

MARIA — Es el retrato del padre,
y por eso es tan salada.

TOMAS — El de la madre.

MARIA — ¡Tomás,
la madre es mucho más guapa! (En guasa) Vase por la puerta de la derecha)

ESCENA II

TOMÁS

TOMAS — Vale un mundo mi mujer;
es del todo angelical;

un poquito clerical...
¿pero qué la hemos de hacer?
La verdad es que conviene
que algo crean; si son bellas
y entra ajeno amor en ellas
ni el demonio las contiene.
También antes yo recé,
también antes yo creí;
pero ya la fé perdí.
¡Y que ciega era mi fé!
Sobre los ojos un velo
impenetrable tenía;
y por eso yo veía
donde sólo hay aire, cielo;
donde hay mentira, verdad;
donde hay hombres inhumanos
y explotadores, hermanos;
donde nada, eternidad.
Mas el despertar llegó
viendo que tras una vida
trabajosa y aflijida
nada puedo esperar yo.
¿Esto es acaso vivir?
No hay vida más que en la tierra.
La vida en esto se encierra:
nacer, trabajar... morir.
De ella gran parte está andada.
¿Qué me queda? ¡La vejez;
la tumba con su hediondéz...
y tras de la tumba... ¡nada!
Y si no hay Dios y no hay cielo,
y si no hay más vida que esta,
sólo disfrutar me resta
de la vida en este suelo.
¡Mas ay! que amarrados miro
al trabajo vil mis brazos,
y en vano a romper los lazos
que así me amarran aspiro!
Una sociedad maldita
me apresa con fuertes garras.
¿Quién romperá esas amarras?
¿Quién? ¿quién...? ¡Ah! la dinamita.
Un puñado de atrevidos

la riqueza atesoraron,
y a los demás nos dejaron
al trabajo reducidos.
¡Guerra a los burgueses, guerra;
devuélvannos el tesoro,
venga un puñado del oro,
venga un pedazo de tierra!

ESCENA III

TOMÁS y luego un muchacho vendedor de periódicos con un paquete de ellos

(Se oye fuera de escena la voz de un muchacho que dice en tono de anuncio)

MUCHACHO «La Lucha»
TOMAS Venga La Lucha. (Dirigiéndose a la puerta del fondo.)
MUCHACHO «La Lucha de Clases».
TOMAS (Asomándose a la puerta) ¡Venga!
¡Chiquillo, la Lucha!
MUCHACHO Tenga (desde la puerta y entregándole un periódico a Tomás)
TOMAS ¿Es mucha la venta?
MUCHACHO Mucha.
TOMAS Pues corre y sigue vendiendo;
esa es tu mejor escuela. (Vase el muchacho. Tomás vuelve al sitio y se sienta.)
Mientras remoja esta suela
noticias iré leyendo. (Se pone a leer el periódico)
¡A ver de bombas qué trae!
Es lo que más me interesa.
¡Rayos! ¡Vaya una promesa!
Por ver si en las redes cae
ese famoso anarquista
que las pone, ofrecen dar
diez mil duros (¡ya es pagar!)
a quien dé segura pista. (Pausa).
A recurso bien cobarde
apela el Gobierno artero.
De nada valdrá el dinero,
de nada, que se lo guarde.
¿Se defiende con promesas
esa sociedad maldita?

¡Bien! pues tendrá dinamita;
trocada será en pavesas.
Otra bomba, y otra, y ciento,
y en la rambla, y donde quiera.
Y ahora mismo, que fuera
el dilatarlo un momento
insensata cobardía.
Otra bomba, si, que estalle
en la mitad de la calle
y a la luz del claro día. (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

MARIA (Entrará por la puerta de la derecha)

MARIA ¡Tomás! ¡No está! Se marchó.
¡Hace cada escapatoria!
Ya van picando en historia
tantos viajes. !No sé yó...! (Vase por la puerta de la derecha)

ESCENA V

TOMAS

(Entrando por la izquierda con un bulto bajo la blusa)

TOMAS Ya está la bomba dispuesta.
El espanto sembrará,
y al vil anuncio dará
pronta y cumplida respuesta.
Serán la muerte y la ruina,
con el estruendo terrible,
preludios de lucha horrible
que en el mundo se avecina. (Váse por el fondo)

ESCENA VI

MARIA y luego un hombre del pueblo.

MARIA ¡Ya va tardando en volver
Lucila! ¿Se habrá encontrado

al regreso del mercado
con Juan? Bien pudiera ser.

HOMBRE ¿Tomás?

MARIA No está. ¿Qué quería?

HOMBRE Me podrá usted despachar;
porque tan solo a buscar
un par de botas venía.
Hace un mes próximamente
las traje para arreglarlas,
y quiero ahora llevarlas,
porque tengo un viaje urgente.

MARIA Pues yo no sé cuales son.

HOMBRE ¿Las habrá arreglado?

MARIA Sí
(En un mes...)

HOMBRE ¡Si están allí!
¡Tiradas en un rincón! (Las coge.)
Y tal cual las he dejado.

MARIA Es que tuvo mi marido
mucho que hacer, no ha podido
arreglarlas.

HOMBRE ¡Enterado!
Y me hallo sin botas hoy;
pues las puestas están rotas.
Dígame usted: ¿con qué botas
mañana a la boda voy
de mi prima?

MARIA Le diré
a Tomás que hoy, enseguida,
las despache.

HOMBRE Por mi vida
que no lo consentiré.
Otro las arreglará. (Llevándose las botas).

MARIA Pero... aguarde, aguarde.

HOMBRE No. (Vase con las botas)

MARIA ¡Vaya por Dios, se perdió
un buen parroquiano ya!

ESCENA VII

MARIA y LUCILA (Esta entrará por el fondo)

MARIA Lucila, mucho has tardado:
tanto que ya presumía

que Juan contigo vendría,
o que acaso en el mercado
te entretuvo.

LUCILA No le ví .

MARIA ¿Entonces?

LUCILA Ayer me dijo
que a las tres a punto fijo
a verme vendría aquí.

MARIA Las tres ya dieron.

LUCILA Me extraña
que no haya llegado ya.

MARIA Di: ¿volvió a hablarte quizá
de nuevo Pedro Saldaña.

LUCILA Me habló y le desengañé;
pero es tan necio y pesado,
tan decidido y osado,
que a pesar de eso, no sé...
temo insista.

MARIA Acaso no.

ESCENA VIII

MARÍA, LUCILA y JUAN (Este por el fondo

JUAN ¡Lucila!

LUCILA (A parte a María) Ya está aquí Juan.

JUAN (Me esperabas) (Aparte a Lucila.)

LUCILA (Aparte a Juan.) (Con afán
te espero siempre a ti yo.)

JUAN (Gracias, mi bien.) (Aparte a Lucila.),
Tú, María,
¿qué díees? Parece estás
pensativa. ¿Es que Tomás
se ausentó y no hay alegría
para tí en casa sin él?

MARIA Ha rato falta de aquí.

JUAN Pues hace poco le ví.

MARIA ¿Dónde?

JUAN Cerca del Cuartel,
en la Rambla. El no me vió;
y bajo la blusa oculto
noté qné llevaba un bulto.

MARIA ¿Y adónde fué?
Juan ¡Qué sé yo!
Le perdí al punto de vista.
¿Tiene parroquia hacia allí?
María Creo que no.
LUCILA Tal vez sí.
JUAN Iría al Centro anarquista.
LUCILA Puede ser.
JUAN Es un dolor
que trate con esa gente
Tomás, que es hombre decente
honrado y trabajador.
Me extraña y me da tormento
pensar...

ESCENA IX

Los mismos, y SALDAÑA y MARTIN por el fondo

SALDAÑA ¿Está Tomás?
MARIA No.
Hace rato que salió;
pero volverá al momento.
LUCILA Si le quieren esperar
sentarse pueden ahí.
María, vamos aquí:
tenemos los tres que hablar.
JUAN Pues si, Tomás a mi ver... (Mientras desaparece por la derecha y con él María y Lucila)

ESCENA X

SALDANA y MARTIN

MARTIN Saldaña, nos sentaremos. (Se sientan.)
SALDAÑA ¡Que tienen que hablar los tres,
y con marcado desprecio
nos dejan aquí a los dos..!
¡Está el juego manifiesto!
Hay aqui también burgueses,
Martín, bien lo estamos viendo.
MARTIN Son caprichos del amor.

SALDAÑA Pues yo acabaré con ellos.
Hace tiempo que a Lucila
mis cuitas y afanes cuento,
rondo de noche su casa,
de día estoy en acecho,
para ver adonde va
y ver si decirla puedo
que sólo vivo por verla
y que por ella me muero.
Y a pesar de mis cuidados,
y a pesar de mis desvelos,
son mayores cada día
sus desdenes y desprecios.
No ha dos meses que ella y Juan
se conocen, y es un hecho
que se quieren y se casan.

MARTIN ¿Y qué vas a hacer? no veo
remedio para tus males.

SALDAÑA Pues he pensado un remedio;
y espero que tú me ayudes
en la empresa,

MARTIN Estoy dispuesto
a cuanto quieras, Saldaña.

SALDAÑA Es feliz mi pensamiento.

MARTIN ¿Cual es?

SALDAÑA Decirle a Tomás
con gran sigilo y misterio;
que tenemos varios datos
evidentes, claros, ciertos
de que Juan es un espía,
un policía secreto
que con inaudita astucia,
falsos amores fingiendo,
la pista sigue a las bombas.

MARTIN Saldaña, tienes ingenio.
Si al ánimo de Tomás,
no el firme convencimiento,
la duda tan sólo llevas
de que Juan pueda ser eso,
ten por seguro tu triunfo;
pues Tomás es hombre terco,
y si una sospecha admite,
no hay quien se la arranque luego.

¿Mas sabes tú Juan quien es?
SALDAÑA No en verdad. Ha poco tiempo
que viene aquí, y aun Tomás
no le conoce yo creo
muy a fondo; pues ha días
que de él se informaba. Pero
¿a qué viene esa pregunta?
MARTIN A que a sospechar empiezo
que ser pueda un policía.
SALDAÑA !Qué dices! ¡Pudiera serlo!
Y nada de extraño tiene.
MARTIN Y casi lo doy por cierto.
Que es Tomás un anarquista
de acción lo sabe el Gobierno;
y es natural que los pasos
le hayan de seguir sabiéndolo.
SALDAÑA Pues por si es o no es,
no conviene perder tiempo:
hay que advertirlo a Tomás
y hay que decirlo en el Centro.
Cómplices de Tomás somos,
é igual peligro corremos;
y cuando esto así no fuera,
piden venganza mis celos.
MARTIN Tienes razón.
SALDAÑA ¿Tú me ayudas?
MARTIN Sí.
SALDAÑA Martín, te lo agradezco. (Pausa)
MARTIN (Coge Martin sobre la mesa un libro y como leyendo el título dice:)
«La esclavitud de los más»
¡Qué libro! ¡Admirable es esto!
SALDAÑA ¿De quién es?
MARTIN ¿No le has leido?
SALDAÑA No.
MARTIN No sabes lo que es bueno.
Su autor es Roque Bermúdez.
SALDAÑA Entonces será soberbio:
porque ¡vaya unos discursos
que pronunciaba en el Centro.
MARTIN Ha escrito muy buenas obras.
No lee Tomás hace tiempo
mas libros que los de Roque:
está enamorado de ellos.

Tiene además por Bermúdez
delirio. Muy satisfecho
exclamó Tomás un día:
«dicen que nos parecemos»,
refiriéndose a Bermúdez.

SALDAÑA ¡Y qué es de él?

MARTIN Al extranjero
años ha que se marchó:
y ha tiempo también los neos
inventaron lo patraña
de que pasó al campo de ellos;
mas desmintió nuestra prensa
la calumnia. (Saldaña estará mirando el periódico que dejó Tomás sobre la mesa.)

SALDAÑA ¡Qué estoy viendo!

MARTIN ¿Algo grave?

SALDAÑA Sí; un anuncio
en el que ofrece el Gobierno
diez mil duros a cualquiera
que descubra quien ha puesto
las bombas.

MARTIN ¡Y diez mil duros?

SALDAÑA ¡Diez mil duros nada menos!

MARTIN ¡Pues sin duda lo descubren,
que puede mucho el dinero!

SALDAÑA Y si ha descubrirlo llegan...
nos ahorcan.

MARTIN Nada de eso.
A tí y a mí nos tendrían
tan sólo algún tiempo presos.

SALDAÑA Y para que el más miedoso
delatar pueda sin miedo,
al denunciante aseguran
impenetrable secreto. (Pausa.)

MARTIN ¡Diez mil duros!

SALDAÑA ¡Diez mil duros!

MARTIN ¡Saldaña, es mucho dinero!
Con tal promesa serán
espías hasta los nuestros.

SALDAÑA ¡Sabes que es muy tentador
el anuncio;

MARTIN ¡Ya lo creo.

SALDAÑA Y ya me infunde temores.

MARTIN — Yo, Saldaña, nada temo.

SALDANA — Cómo así.

MARTIN — Porque tú y yo
ninguna cosa hemos hecho
de importancia; que el traerle
bombas vacías, no creo
que sea ningún delito.
Tomás las carga, y si luego
las hace explotar, de él es
toda la culpa. Yo entiendo
que si te doy un revólver
y con él matas, no puedo
ser de nada responsable.
A más que es tal el secreto
que al hacerlo hemos tenido
que nadie podrá saberlo.
Y Tomás no nos descubre
aunque le corten el cuello,
aunque en pedazos le piquen;
que es testarudo en extremo,
y a la bandera anarquista
más leal y fiel que un perro.

SALDANA — Pues siendo eso así, Martín,
se me ocurre que pudiéramos
tú y yo.

MARTIN — ¿Qué?

LUCILA — (Asomándose por la puerta de la derecha y volviendo retirars
(Aun esos dos
están ahí!)

SALDAÑA — No debemos
hablar aquí de estas cosas
pues Lucila está en acecho.
y tal vez Juan...

MARTIN — Razón tienes:
a hablar a otro lado iremos.

SALDAÑA — Vámonos pues. (!Diez mil duros!
!Oh quien pudiera cogerlos!) (Vánse por el fondo)

ESCENA XI

LUCILA Y JUAN que entrarán por la derecha.

JUAN — Mira, quererte es mi afán;
que me quieras mi ilusión.

¿Me quieres?

JCILA — Ya sabes, Juan,
que es tuyo mi corazón.

JAN — ¡Oh! si a mal no lo tuvieras
hablar quisiera contigo
de nuestra boda.

UCILA — ¿De veras?

JAN — ¿Cuándo ha de ser, dí?

UCILA — Pues digo...
que será cuando tú quieras.
(¡Dios quiera que pronto sea!)

UAN — Tiene mi padre en la aldea
una modesta casita,
pequeña, pero bonita.
Una huerta la rodea
llena de árboles y flores:
allí al ruiseñor veremos
cantar sus dulces amores,
y con nuestro amor daremos
envidia a los ruiseñores.
Es de la huerta, vecina,
una fuente cristalina,
que en tenues hilos de plata
sus claras aguas desata.
Al ver tu cara divina
del líquido transparente
retratarse en la corriente,
oyendo entre sus murmullos
de nuestro amor los arrullos,
nos envidiará la fuente.
Bien solas o ya èn bandadas,
mil mariposas pintadas
de bellísimos colores
volarán entre las fiores
de perfumes saturadas.
Y colmando allí los cielos
nuestra ventura y anhelos;
entre lirios y entre rosas,
nuestros lindos pequeñuelos
irán tras las mariposas.
Mira, cuando nos casemos,
en vez de hacer largo viaje
con molestias y equipaje,

a esa aldea nos iremos.

LUCILA ¿Y cuándo nos casaremos?

JUAN Cuando quieras.

LUCILA ¿Dónde?

JUAN Allí.

LUCILA Ya anhelo estar junto a tí
dando envidia a ruiseñores,
mariposas, fuente y flores.

JUAN ¿Lo deseas mucho?

LUCILA Sí.

JUAN Pues háblalo con Tomás
y tú madre.

LUCILA Con los dos
lo he de hablar.

JUAN ¿Te acordarás?

LUCILA ¡Qué cosas tienes. !

JUAN Adios.
No me olvides.

LUCILA ¡Yo..! ¡jamás! (Váse Juan por el fondo)

ESCENA XII

LUCILA

Se fué. Pronto volverá.
Mas ¡ay! que apenas se ausenta,
mí corazón se impacienta,
porque vuelva otra vez ya.
Con él seré venturosa.
¡Oh, si me olvida me muero!
¡Virgen del Carmen, yo quiero
scr pronto, pronto su esposa!
Quiero vivir en su aldea,
entre lirios y entre flores,
mariposas, ruiseñores
y fuente que serpentea.
Quiero respirar los suaves
aromas de lindas rosas,
quiero escuchar melodiosas
armonías de las aves:
y entre el perfumado viento
que trinos lleva y murmullos,
oir los dulces arrullos

de su enamorado acento.
Y entre las líquidas perlas
que suelta al brotar la fuente,
ver algún niño inocente
afanarse por cogerlas.
Un niño, hijo de los dos;
un prodigio de hermosura...
¡Oh cielos, cuánta ventura!
¡Oh qué dicha, Santo Dios!

ESCENA XIII

LUCILA, MARIA y TOMAS, este a su tiempo.

MARIA Lucila, ¿no vienes? Asomándose por la puerta de la derecha).
LUCILA Voy.
MARIA Ya sabes lo que hay que hacer.
LUCILA No se me olvida, mujer. (Vase María por la puerta de la derecha).
¡Vaya! No hay duda que estoy
un poquito trasvolada.
En nada pienso no siendo
en Juan. Estoy padeciendo
achaques de enamorada.
(A Tomás que entra por el fondo) ¿De dónde vienes?
TOMAS De afuera.
¿No ves que de afuera vengo?
LUCILA Gastas mal genio.
TOMAS El que tengo. (Se oye una explosión lejana).
LUCILA ¡Jesús!
TOMAS ¿A qué esa manera
de asustarse?
LUCILA ¿No has oido
una explosión?
TOMAS Sí
LUCILA Tal vez
fué una bomba.
TOMAS ¡Pues pardiez
que metió bastante ruido!
LUCILA ¡Dios mío, a quién mataría?
TOMAS ¡Qué inocente! Esa explosión

estampido es de un cañón.
¿No han estado el otro dia
disparando cañonazos?
pues eso mismo hoy harán.

LUCILA Será acaso. (Váse por la derecha).

ESCENA XIV

TOMAS

¡Horrible afán!
¿A quién habrá hecho pedazos?
¡Algún niño .. A algún obrero...
en tanto que perdonó
a los burgueses... ¡Ah, no!
pensar en esto no quiero.
¡A trabajar! Cese ya (Se sienta y se pone a trabajar).
esta incertidumbre fiera.
(Llega un muchacho por la puerta del fondo con una carta)

MUCHACHO Me mandaron que le diera
esta carta.

TOMAS Bien está. (Vase el muchacho Tomás finge leer la carta
«Que por mí están esperando
para hablar de asunto urgente.»
Qué podrá ser? Bien, corriente.
¿Es urgente? Pues andando. Vase por la puerta del fondo)

ESCENA XV

MARIA y luego LUCILA, que entrarán por la puerta de la derecha.

MARIA (Llamando) ¡Tomás! Otra vez marchó!
¡Si ha un momento que entró aquí!
Segura estoy que le oí

LUCILA (Entrando) ¿Pero no está Tomás?

MARIA No.
¿Sabes, Lucila, que extraño
tantos viajes de Tomás?

LUCILA Iría al Centro quizás.

MARIA ¡Si pasa en él todo el año!

LUCILA Porque de la Rambla, donde
Juan le vió, ya ha vuelto.

MARIA Sí.

LUCILA ¡Como no esté acaso aquí! (Refiriéndose al cuarto de la izquierda).
(Llamando) ¡Tomás! ¡Tomás! No responde.
Pues dentro de este cuartucho
a veces las horas pasa:
cree una que no está en casa
y está aquí.

MARIA Me llama mucho
también la atención, Lucila;
que muchas veces le encuentro
aquí cerrado por dentro.

LUCILA Si; pero estate tranquila:
se encierra para leer
esos libros de su idea;
porque sientes que los lea,
él se esconde.

MARIA Puede ser.
Pero se lleva la llave.

LUCILA Pues por la misma razón.

MARIA Pero en ninguna ocasión
le deja abierto. ¡Quién sabe
lo que tendrá! Bien mirado
los libros están ahí,
donde siempre.

LUCILA Cierto, sí.

MARIA ¡Luego aquí hay gato encerrado!

ESCENA XVI

MARIA, LUCILA, y JUAN que entrará por el fondo.

MARIA ¡Cómo de vuelta ya?

JUAN Vengo asustado.

LUCILA ¿Qué ha sucedido?

JUAN Presencié una escena
terrible y espantosa, como nunca
mi pobre mente imaginar pudiera.

LUCILA ¿Qué fué?

MARIA ¿Qué fué?

JUAN Cruzaba yo la Rambla;
siento de pronto una explosión tremenda;
tiembla bajo mis pies el pavimento;

caen hechas pedazos las vidrieras;
y entre gritos de cólera y espanto,
que de terror siniestro el alma llenan,
en desorden la gente se revuelve
como hormiguero que pisó una bestia;
y en su torno crespones asfixiantes
de humo de dinamita serpentean.
«¡Una bomba! !una bomba!» exclaman muchos.

LUCILA La que se oyó de aquí.

JUAN Sin duda esa.
Me acerco al sitio: con pavor los ojos
al querer ver lo que ya ven se cierran.
Cuerpos humanos mutilados yacen
encharcados en sangre que aun humea.
Aquí una joven destrozada espira;
allí un hombre sin brazos se revuelca;
y dando más horror a los horrores
y espanto al corazón que los presencia,
surge bañada en sangre una figura;
desolada una madre, loca, trémula,
de un hijo suyo el cuerpo ensangrentado
entre sus brazos convulsiva aprieta,
y al estampar un beso en sus mejillas,
sólo una masa ensangrentada besa.

MARIA ¡Jesús!

JUAN Huí de allí. No resistía
mi débil corazón la vista horrenda
del cuadro aterrador. Aun en mi mente
con fatídica y ruda persistencia,
de aquella madre que abrazaba al hijo,
tétrica se alza la visión sangrienta.

MARIA ¿Y quien puso la bomba?

JUAN No se sabe.
El mismo Satanás debió ponerla;
que para ser un hombre es mucho crimen.

LUCILA Terrible crimen es.

MARIA Alma perversa
tiene el infame que entre horrores tantos
sólo por hacer mal la muerte siembra.

LUCILA ?Dónde estalló la bomba?

JUAN Donde ha rato
ví yo a Tomás; junto al Cuartel, tan cerca
que hay señales allí de la metralla,

y un casco hirió de muerte al centinela.
Mas ¿dónde está Tomás?

MARIA — Hace un momento
salió de casa.

JUAN — ¡Poco para en ella!
Pero yo estoy ansente de la mía,
y preciso marcharme, que me esperan.

LUCILA — Pronto te marchas.

JUAN — Muy a pesar mio.
Hace tiempo que en casa estar debiera.
Iba hacia allá, y al explotar la bomba,
por venir a contarlo, di la vuelta.
Y aunque me hallo aquí bien, y mi deseo
es estar aquí siempre...

LUCILA — ¡Oh si lo fuera!

JUAN — ¿Lo dudas?

LUCILA — Un poquito.

JUAN — No lo dudes.
Verás que pronto estoy aquí de vuelta. (Vase por el fondo).

ESCENA XVII

MARIA y LUCILA

MARIA — ¡Quién el autor sería de ese crimen?

LUCILA — ¡Quién sino un anarquista?

MARIA — De esa secta
sin duda alguna es; porque no en vano
vientos de destrucción siembran en ella.
¡Oh! no puedes, Lucila, imaginarte
cuánto me hace sufrir, cuánto me apena
ver a Tomás metido en esos centros
que laboran maldad en las tinieblas.

LUCILA — Tomás no es de los malos.

MARIA — De los malos
nunca ha sido Tomás; mas las ideas,
de tal manera cambian a los hombres,
que los sostienen buenos si son buenas,
y los tornan perversos si son malas.
Pero lo que me causa a mi extrañeza
es que siendo Tomás noble y honrado,
de una bondad sin tacha, a toda prueba,

haya abrazado ideas de exterminio,
de ruina y destrucción.

LUCILA — Aunque las tenga,
no las lleva a la práctica; lo impiden
de Tomás la bondad y la nobleza.

ESCENA XVIII

MARIA, LUCILA, y TOMAS que entrará por la puerta del fondo

MARIA — ¿Sabes, Tomás, que ha explotado
hoy otra bomba?.

TOMAS — Lo oí.

LUCILA — ¿Sabes los que han muerto?

TOMAS — Sí,
lo sé; pues me lo han contado.

LUCILA — ¡Una joven destrozada,
y de una madre en los brazos,
con el rostro hecho pedazos,
un niño...

TOMAS — (Interrumpiendo) ¡No digas nada!
Lo sé.

MARIA — (Con viveza) ¡Desgracia terrible!

TOMAS — Otras hay mucho mayores.

LUCILA — ¡Qué cuadro! ¡Cuántos horrores!

MARIA — ¡Hombre, más es imposible!
¡Imagínate que estalla
esa bomba al pasar yo
con la niña en brazos..!

TOMAS — ¡¡No!!
¡no imagines eso, calla!

MARIA — ¡Quién será ese hombre cruel?

LUCILA — No es hombre, que es una fiera.

MARIA — Si cerca de mi le viera
me arrojaría sobre él.

LUCILA — Es un malvado, un cobarde.

MARIA — Es un monstruo del averno.

LUCILA — Un demonio del infierno.

TOMAS — (¡Para él le inventaron tarde!)

MARIA — Su crimen es inaudito.

LUCILA — No, no tiene corazón.

TOMAS — ¡Le cegará la pasión..!

MARIA — ¡Maldito sea, maldito!

TOMAS — ¡Quien diga maldito sea, (Con solemnidad y energía)

a equivocarse se expone.
¡Es un loco el que las pone,
es un loco por la idea!
Mas dejemos a ese loco,
y no le maldigais más.

MARIA (¡Tiene un corazón Tomás
más bueno!)

LUCILA Pues por muy poco
te hiere la bomba a tí.

TOMAS ¡¡Qué dices? ¡A mí! ¡Por qué?

LUCILA ¡No lo sabes?

TOMAS No lo sé.

LUCILA ¿No pasaste por allí
hace unos minutos?

TOMAS ¡Yo?

MARIA Tomás, Juan nos lo ha contado.

TOMAS ¡Qué sé yo dónde ha explotado!

LUCILA En la Rambla.

TOMAS (¡A que me vió!)
Por allí pasé hace rato.
Mas nada de extraño ví.
Pero Juan ¿estuvo aquí?

MARIA Dos veces.

TOMA8 ¡Dos?

LUCILA Sí.

TOMAS (¡Le mato!)
¡Demuestra en verte interés! (Lucila).
Nunca tantas veces vino.

MARIA Como es un chico muy fino
y atento, natural es
que acudiera a darnos parte
del caso.

TOMAS (Con cierto misterio.)Natural, sí.

LUCILA También preguntó por tí,
sin duda para enterarte
de todo.

TOMAS ¿Y de mí qué habló?

LUCILA Saber quería si estabas
aquí en casa; y que acababas
de marchar le dije yo.

TOMAS ¿Y nada más?

LUCILA Nada más;
pues muy poco se detuvo;

mas cuando antes aquí estuvo
largo habló de tí.

TOMAS Ya estás
diciéndolo.

LUCILA De que fueses
anarquista se dolió.

TOMAS Valiente caso hago yo
de duelos de los burgueses.

LUCILA Y le debió de extrañar
verte en la Rambla.

TOMAS ¿Por qué?

LUCILA Yo de fijo no lo sé;
pero me di a sospechar;
pues preguntó si tenías
parroquianos por allí.
La pregunta, presumí,
la hizo porque traías
bajo de la blusa un bulto.

TOMAS Unas botas (¡Me guipó!)
Todo cuanto llevo yó,
bajo la blusa va oculto.

MARIA No sé por qué.

TOMAS (Con enfado y resolución). Basta ya.

MARIA ¡Mas por qué basta? ¿Qué pasa?

TOMAS Sobra ya Juan en mi casa.

LUCILA ¡Que sobra!

MARIA (¡Por qué será!)

TOMAS ¡Es un espía!

L. y M. ¡Un espía?

TOMAS Tan solo a vigilar viene;
esa es la misión que tiene:
vigilarme noche y día.

MARIA ¡Pero, hombre! ¿te has vuelto loco?

LUCILA ¿Sabes lo que estás diciendo?

MARIA Desatinos. No comprendo
lo que dices.

LUCILA Yo tampoco.

TOMAS ¡Loco... sí, de indignación!
¡Que no venga! Si le pillo...

LUCILA ¡Cielos!

TOMAS Le clavo el cuchillo
en medio del corazón.

LUCILA (¡Virgen Santa!)

TOMAS Hoy lo he sabido.

Hay datos, estoy seguro
que es un espia, y te juro (Dirigiéndose a Lucila).
que no será tu marido.

LUCILA ¿Mas cómo..?

TOMAS ¡No lo ha de ser!

MARIA Cálmate por Dios, Tomás.
¿Eres criminal quizás
para que puedas temer
que sea Juan un espía?

TOMAS No.

MARIA Pues eres hombre honrado,
te ha de tener sin cuidado
que te acechen noche y día.

TOMAS (Ya más de la cuenta hablé
puedo hacerme sospechoso.)

LUCILA Juan es noble y bondadoso.
No es espía.

TOMAS (¡Callaré!)

ESCENA XIX

TOMAS, MARIA, LUCILA y el mismo muchacho que entregó la carta en la escena 14.

MUCHACHO Que no se dcscuide usted (Entregando una carta)

TOMAS (¿Otra vez me citan?) Voy. (Al muchacho. Váse el muchacho).

LUCILA Muchos viajes haces hoy.

TOMAS Necesarios son.

LUCILA ¡Tal vez!

MARIA ¿Pero adónde vas, Tomás?

TOMAS ¿Qué te interesa, mujer?

MARIA ¿No lo puedo yo saber?

TOMAS Son cosas mías no más.

MARIA ¿Hay secretos para mí?

TOMAS ¡Secretos! ¡Qué tontería!
Son cosas de hombres, María.

MARIA ¿De hombres?

TOMAS Ya he dicho que sí. (Vase por el fondo).

ESCENA XX

MARIA y LUCILA

MARIA ¿Adónde le llamarán?

LUCILA Tal vez al Centro.

MARIA — Y a qué?
¿Y por qué a la Rambla fué?
¿Por qué sospecha de Juan?
¡Estoy del todo intranquila!
¡Y ese viaje con urgencia...!

LUCILA — Una extraña coincidencia.

MARIA — ¡Van siendo muchas, Lucila!
¡Oh que duda tan terrible
a asaltarme se atrevió!
¿Acaso Tomás...? ¡Ah! ¡no!
es imposible, imposible!

LUCILA — ¡Por Dios! ¡desecha de tí
esa sospecha horrosa!
(¡Oh Virgen Santa, me acosa
también esa duda a mi!)

MARIA — Mas si es Tomás inocente
¿porqué así le desconcierta
lo que dice Juan? O es cierta
mi sospecha o está demente.

LUCILA — Son esos libros malditos,
que trastornan su razón.

MARIA — ¡Doctrinas de perdición,
endemoniados escritos!

LUCILA — A quemarlos voy.

MARIA — No, no.

LUCILA — Pues los quemaré, sí, sí.

MARIA — Me echará la culpa a mí.

LUCILA — Le diré que he sido yo.

MARIA — Se pondrá más exaltado.

LUCILA — Qué se excite, que se apure.
¿Cómo quieres que se cure
teniendo el veneno al lado? (Va cogiendo los libros de la estantería y poniéndolos sobre la mesa.)

MARIA — Déjalos, que es tarde ya.

LUCILA — ¡No, que vayan a la hoguera!

MARIA — Déjalos, que hay donde quiera
otros, y los comprará.

ESCENA XXI

MARIA, LUCILA, un Jefe de policía y cuatro policías por el fondo.

LUCILA — (¡Oh cielos!) (Al ver la policía entrar)

MARIA — (¡La policía!)

JEFE DE POL. ¿Tomás López?
LUCILA No está aquí.
JEFE DE POL. ¿Ha salido acaso?
MARIA Sí
JEFE DE POL. ¿Y adónde fué?
MARIA Pues iría...
iría... yo no lo sé.
JEFE DE POL. Ustedes lo saben.
M. y L. No.
MARIA De aquí hace poco salió;
pero no sé adonde fué.
Mas ¿qué sucede? qué pasa
para que así, de ese modo..?
JEFE DE POL. Ustedes lo saben todo.
MARIA ¡No!
LUCILA ¡No!
JEFE DE POL. ¡Registrad la casa! (Dirigiéndose a los policías).
Adentro vosotros dos. (Dirigiéndose a los policías 1.° y 2. que pasarán al interior de la casa, puerta de la derecha).
LUCILA (¡Ah! ¡mi madre!) (Vase precipitadamente por la puerta de la derecha).
POLICIA 1.° (Mientras se va por la derecha) (¡Si le encuentro!)
MARIA ¡Por Dios, que está mi hija dentro!
¡No me la asusten por Dios. Vase precipitadamente tras los policías primero y segundo.)

ESCENA XXII

Jefe y policías 3.° y 4.° y luego MARIA

JEFE DE POL. Esta puerta franquead. (Refiriéndose a la del cuarto de la izquierda.)
POLICIA ¿Y la llave?
JEFE DE POL. La mujer
que venga. (Vase el policía por la puerta de la derecha y vuelve al momento con él María.)
(Pudiera haber
en ella complicidad.)
¿La llave de aquí? (A María en el momento de ella entrar).
MARIA La tiene
mi marido.
JEFE DE POL. ¡Su marido? (Con desconfianza).

MARIA — Sí señor.

JEEE DE POL. — ¡Ya, ya, entendido!
A usted y a él les conviene
ocultarla.

MARIA — No es verdad.

JEFE DE POL — Ea, derribad la puerta. *(Los policías tratan de abrir violentamente la puerta de la izquierda).*
¿Cede?

POLICIA — Cede: ya está abierta. *(Vanse los dos policías al interior del cuarto de la izquierda y queda a la puerta el Jefe).*

JEFE DE POL. — Con gran cuidado mirad. *(A los policías 3.° y 4.°).*
¿Que hay adentro? *(A Marí y señalando al interior del cuarto de la izquierda.)*

MARIA — Nada sé.

JEFE DE POL. — Usted calla...

MARIA — Nada callo.

JEFE DE POL. — ¡Mire usted, que si las hallo..!

MARIA — ¡Qué buscan, decidlo, qué?
(¡Oh cielos, qué buscarán!)

JEFE DE POL. — No moverlas ni inclinarlas *(A los que están en el cuarto de la izquierda.)*
si es que llegáis a encontrarlas.

POLICIA 3.° — *(Desde el interior del cuarto.)*
Aquí dos bombas están.

MARIA — (¡Dios Santo!)

JEFE DE POL. — ¿Dos bombas?

POLICIA 3.° — *(Desde dentro del cuarto)* Sí.

JEFE DE POL. — *(A los policías que están en el cuarto de la izquierda)*
¡Salid! ¡Dejadlas!

MARIA — ¡Dios mío!

ESCENA XXIII

Jefe, MARIA, LUCILA y después los policías.

JEFE DE POL. — *(A Lucila y María en el momento de entrar Lucila por la derecha y señalando al cuarto donde están las bombas y con marcada intenoión.)*
¡Vedlas!

LUCILA — ¡Qué hay!

MARIA — ¡¡Oh, desvarío!!
¡¡Bombas!! ¡¡Lucila!! ¡¡Ay de mí!! *(Sin atreverse a mirar al cuarto y abrazándose a Lucila al pronunciar las últimas palabras. Salen del cuarto de la izquierda los policías 3 y 4 y entran en escena, y casi al mismo tiempo entran por la derecha los policías 1 y 2.)*

POLICIA 2 — No le hallamos (Entrando por la derecha.)

JEFE DE POL. — (¡Se escapó!)

LUCILA — (¡Qué horror!)

JEFE DE POL. — (A los policías 3 y 4) Estad muy alerta.
No abandonéis esta puerta. (Señalando a la de la izquierda).
Volveré al momento yo.
Venid conmigo. (A María y Lucila.)

MARIA — ¡¡Qué!!

LUCILA — ¡¡Qué?

JEFE DE POL. — Detenidas.

MARIA — ¡Dios bendito!

JEFE DE POL — Sois cómplices del delito.

LUCILA — No es cierto.

MARIA — Se engaña usté.

JEFE DE POL. — Ea, llevadlas los dos. (A los policias 1 y 2.)

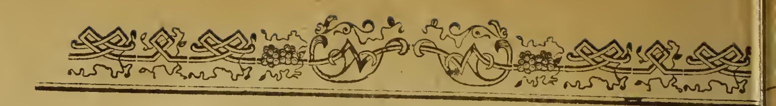
LUCILA — ¡¡Por la Virgen!!

MARIA — ¡¡Por piedad!!

JEFE DE POL. — ¡Vamos! ¡Andando! ¡Acabad! (Los policías 1 y 2 cogen del brazo a Lucila y María y las conducen por la puerta del fondo).

MARIA — (¡Tomás, que te salve Dios!) (Mientras va hacia la puerta del fondo. Al pasar por dicha puerta caerá el telón).

FIN DEL ACTO 1.º



ACTO SEGUNDO

La escena representa un calabozo del Castillo Montjuich. En el fond la puerta que comunica con el resto del edificio; a la derecha una en trada, sin puerta, lóbrega, estrecha de poca altura, la precisa para qu pueda entrar un hombre de pie; esta entrada se supone que comunic con una pieza del calabozo donde Tomás tiene su mcaastro. La puert del fondo permanecerá siempre cerrada a no ser en el momente de en trar y salir por ella los personajes. Es de noche al comenzar el actc Al final empieza a amanecer.

ESCENA I

TOMAS que vestirá blusa larga como en el primer acto.

Al levantarse el telón aparece sola la escena Se oyen las voces de tres centinelas, que desde distintos sitios, fuera, alejados de la escena, dirár medío cantando,

CENTNLA 1.° Centinela alerta.
CENTNLA 2.° Alerta
CENTNLA 3.° Alerta está.
TOMAS (Apareciendo por la
entrada de la derecha). ¡¡¡Alerta está!!!
¡Oh! cese ese grito ya,
que así cruel me despierta.
Cuando en brazos de apacible
sueño comienzo a entregarme,
despiadado a despertarme
viene ese grito terrible.
Parece su eco maldito
voz que sube del averno.
¡Ah, si es que existe el infierno
allí existirá ese grito!
Ya, sociedad homicida,
ya sé yo que alerta estás,
ya sé que acechando vas

hora tras hora mi vída.
Ya sé que impera tirana
tu ley inícua, ya sé
que muy presto moriré,
porque esa ley inhumana
que dictó el burgués lo ordena.
¿Esa es la ley del más fuerte?
Bien; pues venga ya esa muerte,
cúmplase en mí esa condena.
¿Pero es la fuerza quien manda?
Otra fuerza llegará
que a escombros reducirá
esa sociedad nefanda.
¡Oh! quisiera entre mis brazos
ese coloso tener,
y juro había de hacer
su infame pecho pedazos.
Monstruo de cien mil cabezas,
revuélcate aun más si quieres
entre el fango de placeres
y entre el fango de riquezas.
Goza y triunfa, que a la lucha
brindará pronto el clarín.
¿Pero cómo del motín
el clamor aun no se escucha?
¿Qué esperan nuestras legiones
que callan y no pelean?
¿Por qué en el campo no ondean
ya nuestros negros pendones?
¡Oh venganza cuánto tardas!
¡Por qué los aires no hienden
tus clamores y se encienden
tus hogueras? ¡Dí, qué aguardas?
Ardan como secas mieses,
en montones hacinados,
sacerdotes, potentados,
militares y burgueses.
Ardan, ardan a millares,
llenando de humo los vientos,
casas, cuarteles, conventos,
palacios, templos y altares;
y a la tremenda explosión
caigan tiaras, cetros, leyes,

obispos, papas y reyes
en terrible confusión.
Caigan presto, presto, sí;
antes, antes que yo muera;
aunque la tremenda hoguera
me envuelva también a mí.
¡Venganza, qué es lo que aguardas?
Tus clamores ¿no se extienden?
Tus hogueras ¿no se encienden?
¡¡Oh venganza, cuánto tardas! (Se deja caer en una banqueta como abrumado por la emoción).

ESCENA II

TOMAS y el Cabo de guardia.

TOMAS ¿Qué ocurre?
CABO Que están ahí
ya sus dos amigos.
TOMAS ¿Cuales?
CABO Los de otras veces.
TOMAS (Leales
son en verdad para mí.)
Mándeles usté pasar.
CABO (¡No sé .. mucho han madrugado!
Pero a mí orden me han dado
de dejarles siempre entrar.) (Vase).

ESCENA III

TOMAS, SALDAÑA y MARTIN

MARTIN ¡Tomás!
TOMAS ¡Saldaña! ¡Martin!
SALDAÑA ¿Cómo te encuentras?
TOMAS Ya veis
como estoy; pues me tenéis
de la vida en el confín.
Sólo ya vivir me resta
unos momentos no más.
¡Y se morirá Tomás
sin que enérgica protesta
hoy levante la anarquía?

SALDAÑA — Aun la sazón no ha llegado.
TOMAS — Cuando caiga ensangrentado
mi cuerpo, dí, ¿todavía
no será tiempo oportuno?
Pues ¿cuándo esto se derrumba?
¿después que den en la tumba
con todos uno por uno?
¿Son esos los corazones
de los anarquistas bravos?
¿Han de vivir siempre esclavos
de burguesas opresiones?
MARTIN — Tomás, cálmate, que ya
pronto vendrá la venganza.
TOMAS — Voy perdiendo la esperanza
de que venga.
SALDAÑA — Pues vendrá.
TOMAS — Muy tarde ya para mí;
pero moriré contento
si tengo el convencimiento
de que sucederá así.
MARTIN — Tomás, lo puedes tener.
SALDAÑA — Sí, ya está cercano el día
del triunfo de la anarquía.
Cumple bien con tu deber. (Receloso y en voz baja en este párrafo y en los que se vayan indicando).
Eres mártir de la idea,
por ella vas a espirar;
y es preciso demostrar
valentía en la pelea.
¡Ánimo, mucho valor!
TOMAS — Jamás el valor me falta:
sereno estoy, no me asalta
el más mínimo temor.
SALDAÑA — Debes del mundo a la vista (Receloso y en voz baja).
presentarte como un hombre,
para que el mundo se asombre
del valor del anarquista.
Y aunque para que confieses
venga alguno a importunarte,
jamás debes confesarte.
TOMAS — Sin que tú me lo dijeses
ya pensaba no lo hacer;
pues lo tenemos jurado,

y el juramento es sagrado
e ineludible deber.

SALDAÑA — Es un deber, y un valiente (Receloso y en voz baja)
quien le cumple, y de este modo
das ejemplo al mundo todo
de no ser un inocente,
un crédulo...

TOMAS — (Interrumpiéndole) Basta, amigo.
¿A qué insistir más en eso?
Digo que no me confieso,
y yo cumplo lo que dígo.

SALDAÑA — Está bien. (Si se arrepiente
nos denuncia).

TOMAS — De mi esposa
¿qué sabeis?

MARTIN — No hace otra cosa
que llorar continuamente.

SALDAÑA — Verdad es.

TOMAS — ¡Pobre María!

MARTIN — Y tu hermana...

TOMAS — (Interrumpiéndole) No me habléis
de mi hermana; ya sabéis
que esa no es hermana mía;
pues no puedo serlo, no,
mientras tenga por galán
a ese burgués, a ese Juan
que fué quien me denunció.
¿Todavía la acompaña?

SALDAÑA — Y más que antes todavía.

TOMAS — Un favor te pediría,
un favor grande, Saldaña,
si le quisieras hacer.

SALDAÑA — Pues ya pudiéndolo estás:
no otra cosa anhelo más
que poderte complacer.

TOMAS — ¿Eres anarquista?

SALDAÑA — Sí.

TOMAS — Yo por la anarquía muero.

SALDAÑA — Cierto.

TOMAS — Pues, Saldaña, quiero
que tú me vengues a mí.
¿Juras que lo harás?

SALDAÑA — Lo juro:

	y pronto serás vengado.
TOMAS	¡Un abrazo, y apretado! (Abrázale Tomás).
	¡Buen amigo!
SALDAÑA	Te aseguro
	que las bombas seguirán.
TOMAS	No es eso.
SALDAÑA	No entiendo yo...
TOMAS	¿No fué Juan quien deuunció?
SALDAÑA	Sí.
TOMAS	Pues dale muerte a Juan.
SALDAÑA	Juro que se la daré.
TOMAS	Gracias. Muero satisfecho
	si sé que hundes en su pecho
	el puñal.
SALDAÑA	Se lo hundiré.

ESCENA IV

Los mismos y el Cabo.

CABO	Hay aquí un representante
	o corresponsal.
TOMAS	¿De qué?
CABO	No recuerdo... no lo sé...
TOMAS	Bien; pues que pase adelante
	¿Qué hora es?
CABO	Las cinco y cuarto.
TOMAS	¿Dieron ya?
CABO	Pronto darán. (Vase).
TOMAS	(¡A las seis me matarán!
	Ya de la vida estoy harto.)
SALDAÑA	Nos vamos, porque quizás,
	el corresponsal...
TOMAS	Sí, sí. (Con cierto aire de desengaño y tristeza.)
	(¡Qué pronto cansan aquí!)
MARTIN	Pues adios.
SALDAÑA	Adios, Tomás.
TOMAS	Que os acompañe la suerte.
	El sino la mía trunca.
MARTIN	Adios. Hasta...
TOMAS	Hasta nunca.
	No hay nada tras de la muerte.

ESCENA V

TOMAS y el Corresponsal

CORPSAL Yo soy el corresponsal
artístico, fotográfico,
del famoso Síglo Gráfico,
gran revista semanal.
Y a sacar venía aquí
de usted la fotografía.
TOMAS ¿Aigo más de mí quería?
CORPSAL No.
TOMAS Pues írse puede.
CORPSAL ¿Así
me deja usted desairado?
TOMAS Pero si aun no amaneció
y no se ve.
CORPSAL Vengo yo
para esto bien preparado
Traigo luz artificial,
muy brillante, portentosa,
y tan clara, tan hermosa
como la luz natural,
TOMAS Bien; pues guárdesela al punto:
fotografiarme no quiero.
CORPSAL Considere...
TOMAS Considero...
terminado ya este asunto.
CORPSAL ¿Fuma usted? (Ofreciéndole un puro.)
TOMAS Nunca he fumado.
CORPSAL Pues mire usted, le aseguro
que es un excelente puro.
TOMAS Pues no fumo; es escusado
ponderármele.
CORPSAL (Me aplasta
si insisto). Soy periodista...
TOMAS Y yo soy un anarquista,
y con decir esto basta.
CORPSAL (A ver si a un descuido) (Se pone a preparar el aparato fotográfico.)
TOMAS No;
no prepare el aparato.

CORPSAL — Pero...
TOMAS — Se lo desbarato
pronto entre mis manos yo.
CORPSAL — (Este hombre es de dinamita,
y si le apuran estalla). (Vase)
TOMAS — ¡Un burgués! ¡Otro canalla!
¡Ay si un poco más me excita..!
Nada, nada les detiene
tratándose de explotar.
¡Mas oigo a María hablar!
Sí. ¡La pobre a verme viene!

ESCENA VI

TOMAS, MARIA y la hija suya.

MARIA — ¡Tomás del alma!
TOMAS — ¡María!
MARIA — ¡Tomás de mí corazón!
(¡Qué terrible situación!)
NIÑA — ¡Padre!
TOMAS — Un abrazo, hija mía.
MARIA — (El corazón se me parte)
TOMAS — ¿Cómo has tenido valor..?
MARIA — ¡Todo lo puede el amor,
y mira cuánto sé amarte!
Sé que dentro de un momento...
TOMAS — Sí, dejaré de existir.
MARIA — (¡Ay de mí! ¡Voy a morir
yo también de sentimiento!)
Pues bien, ya que a morir vas,
quiero pedirte un favor,
una prueba de tu amor;
la más hermosa, Tomás,
que me puedes ofrecer;
quiero saber si me quieres,
quiero comprobar si mueres
adorando a esta mujer.
TOMAS — ¿Qué es lo que quieres, María?
MARIA — (¡Ayudadme, Virgen Santa!
Se me anuda la garganta)
Decirte, Tomás, quería...

TOMAS ¿Qué quieres? ¡acaba, dí!
Sólo anhelo complacerte.
Míra, si temo a la muerte
es porque quedo sin tí.
Ya sabes que a morir voy. .
ya no resta tiempo apenas;
pide sangre de mis venas,
y derramándola estoy.
Dí, dí que quieres.

MARIA No acierto.

TOMAS Habla, no me hagas sufrir.

MARIA Pues te quería decir...

TOMAS Atrévete; ten por cierto
que lo hago, sí, y mucho más:
habla, pide, manda, di
qué es lo que quieres de mí.

MARIA Que te confieses, Tomás. (Tomás permanece pensativo. Pausa.)
¿Qué dices?

TOMAS No puede ser.

MARIA (¡Oh Virgen Santa, qué escucho!)
No me quieres

TOMAS Mncho, mucho.

MARIA No llames a eso querer.

TOMAS Con delirio.

MARIA No.

TOMAS Sí, sí.

MARIA ¿Qué prueba das de quererme
si no quieres complacerme?

TOMAS Pues te quiero.

MARIA Entonces di:
¿por qué no lo haces, Tomás?
¿Cómo estás tan obcecado?
Responde.

TOMAS Porque he jurado
no confesarme jamás.

MARIA ¡Oh Dios mío, qué terrible
juramento! ¿Cómo? ¿dónde
juraste? ¿ante quién? ¡responde!
¡Habla! ¡Dímelo!

TOMAS Imposible.

MARIA ¡Y qué que lo hayas jurado!
Nunca puede obligar, no,

lo malo que se juró;
porque es malo.

TOMAS Ya, enterado.

MARIA Quebrántale.

TOMAS No, jamás.

MARIA ¡Ah! tu ceguedad me afiige.
¡Quién su cumplimiento exige?
¡Oh! sí, ya sé: Satanás.
¡Y le quieres más que a mí!
¡Con él vas al fuego eterno!

TOMAS Yo no creo en el infierno.

MARIA Pues existe, Tomás, sí.

TOMAS ¡Qué ha de existir! ¡Tontería!
Mas hoy mismo lo sabré. (Con solemnidad y energía)
y si existe volveré
a decírtelo, María.

MARIA (¡Oh qué sarcasmo! ¡Qué horror!)
Tomás no lo hagas por mí: (Se pone de rodillas ante Tomás con la niña delante).
mira que tienes aquí
esta hija de tu amor.
¡Qué hermosa está! ya la ves:
inocente, pura, bella...
Mírame, Tomás, con ella
arrodillada a tus pies.
Lleva sangre de tus venas
en su dulce corazón...

NIÑA ¡Padre!

TOMAS ¡Ah! por compasión
no así acrecientéis mis penas.
Ven, hija mía, a mis brazos,
ven por última vez ya;
pues muy pronto romperá
la muerte tan dulces lazos. (La besa varias veces)
Otro beso.

MARIA (A vencer voy.
¿Confesará? ¡Qué alegría!

TOMAS Los últimos, hija mia;
los últimos que te doy.
Hija, esposa; solamente
vosotras por mí lloráis;
sólo vosotras me amáis;

MARIA (¡Virgen Santa, se arrepiente!)

TOMAS Tan sólo el morir me aterra,
porque no os veré jamás.
¿Qué me importa lo demás
si odio cuanto hay en la tierra?

MARIA Jamás, no; porque las dos
a verte muy pronto iremos:
cuándo será no sabemos:
mas no tarda en llamar Dios.
En la gloria los tres, sí,
presto nos vamos a hallar,
y allí nos hemos de amar
mucho, mucho más que aquí.
Allí no existe el dolor,
allí no existe amargura,
allí todo es paz, ventura,
alegría, dicha, amor.
¿Verdad que quieres salvarte?
¿Verdad que ir al cielo quieres?
¿Verdad que ahora no mueres,
no mueres sin confesarte? (Pausa)
¿Qué me contestas, Tomás?
¿Qué dices..? (Pausa) (¡Sigue callado!)
¿Qué respondes?

TOMAS Que he jurado
no confesarme jamás.

MARIA ¡Lo juraste? ¡cómo? ¡dónde?
¡ante quién? ¿de qué manera?
¿quién obligarte pudiera
á cumplirlo? ¡di! ¡responde!
Dímelo.

TOMAS No puede ser.

MARIA ¡Oh terrible juramento!
¡Quién pide su cumplimiento?
¡Ah! sí, ya sé: Lucifer!
¡Y a nosotras le prefieres...!
Hija, vámonos las dos. (Coge a la niña con ademán de llevársela)
Tomás, para siempre adios..,!
¡Ya vemos que no nos quieres! (Hace como que trata de salir y se queda arrimada a la pared con la cabeza apoyada en las manos como abrumada por el sufrimiento. Pausa)

TOMAS (Esta mujer me atraganta.
No puedo resistir más.

¡Cederé...? ¡No, no, jamás!)

MARIA (¡Ayudadme, Virgen Santa!
¡¡Tuya es la idea!! ¡¡Lo vence!!)
Aunque su pecho taladre
el dolor, vendrá tu madre
a ver si ella te convence.

TOMAS Está inútil.

MARIA Pues vendrá
en un coche. (Vase con la niña.)

ESCENA VII

TOMAS

¡Qué mujer!
¡A mi madre va traer!
¡Es el colmo! ¡Loca está!
¿Loca digo? Tal vez no:
tal vez no sea locura.
Fuera mayor mi ventura
si esa fe tuviera yo
Esperan... y es un consuelo
el esperar. ¿Pues por qué
arrancarles esa fe,
esa esperanza en el cielo?
Dejarlas que crean, sí,
que sueñen con su ventura;
pues para ruina y negrura
basta lo que existe en mí. (Se oye un grito)
¡Un grito! ¡De mi mujer!
¡No hay duda! ¡Qué ocurriría!
Ella fué, sí, sí. ¡María! (Llamándola)
Nedie quiere responder.
¡Tiemblo¡ ¿Pasará algo grave?
Suena cierto elamoreo...
¡Llega gente..! Nada veo...
por el ojo de la llave.
¿Pero qué sucederá?
Parece que oigo un gemido!
¡Otra vez extraño ruido..!
Es de un coche que se va.
Se acercan... abren aquí.

ESCENA VIII

TOMAS y el CABO

TOMAS ¿Qué ha ocurrido, qué ha pasado?
CABO Su mujer se ha desmayado
TOMAS Tráiganla.
CABO Ya no está ahí.
TOMAS ¿Se fué?
CABO Un coche la llevó.
TOMAS ¿Y adónde?
CABO Pues a su casa.
¡Cuánto ella por usted pasa!
TOMAS ¡Y cuánto por ella yo!
¿Pero cómo el caso fué,
en qué forma, de qué modo?
Yo quiero saberlo todo.
CABO Pues yo se lo contaré.
La vi salir afligida,
la vi salir desolada,
la cara desancajada,
pálida, descolorida.
A la pared se arrimó
cual sino pudiese andar,
y tanto la vi llorar
que por poco lloro yo.
Quiso entrar de nuevo aquí,
y empezó a palidecer...
«No le puedo convencer!
¡Oh cuánto sufro! ¡Ay de mí»
dijo, y al suelo cayó.
TOMAS ¿Y ha recobrado el sentido?
CABO De aquí sin él ha salido.
No sé si le recobró. (Vase el Cabo.)

ESCENA IX

TOMAS

!Y todo por culpa mia!
¡Oh, cuánto la hice sufrir!
¡Si aquí volviese a venir..!
Ya no volverá María. (Pausa)

Mis consuelos acabaron.
Los que me quieren marcharon...
para no verlos jamás.
Con tus angustias, Tomás,
triste y solo te dejaron. (Suenan dos campanadas en un reloj público y vuelven a cantar los centinelas en distintos sitios fuera de escena.)

CENTNLA. I Centinela alerta.
CENTNLA. II Alerta.
TOMAS ¡Dió la media!
CENTNLA, III Alerta está.

TOMAS Me están diciendo que ya
la muerte llama a mi puerta,
los centinelas, de un lado,
con su fatídico grito,
y de otro el reloj maldito,
con su son acompasado.
Más me tiene sin cuidado
que griten con frenesí
los centinelas aquí,
o diga desde la torre
el reloj, que llega ahí
le muerte y que a verme corre.
¡Que venga! no me amedrenta;
de su torva faz me río.
¡Que venga: la desafío!
que venga fiera y cruenta,
con su cara macilenta,
con sus garras descarnadas,
afiladas, negras, frías;
con sus órbitas vacías,
y lanzando carcajadas
por entre hediondas encías.
Que venga con sus dolores,
que venga con sus horrores,
con su pavoroso gesto,
con sus gritos y estertores;
¡que venga!, ¡que venga presto!
Sin aliento, sin sentido;
entre sus garras asido,
pegado a su faz odiosa
bajaré a la hedionda fosa
muerto; pero no vencido.

ESCENA X

TOMAS y el Cabo.

CABO — Un fraile pretende entrar.
TOMAS — ¿Qué me querrá?
CABO — No lo sé.
Ni yo se lo pregunté
tampoco. ¿Puede pasar?
TOMAS — Ya le he dicho a usté que entrara
todo el que a verme viniera.
Que entre el fraile cuando quiera.
yo a nadie niego la cara.
CABO — (¡Cómo manda! ¡Con qué imperio!) (Vase).
TOMAS — ¡Qué podrá ese hombre querer?
Siendo fraile, a mi entender
vendrá con algún misterio.

ESCENA XI

TOMAS y el Fraile

FRAILE — Dios le guarde.
TOMAS — (Yo no atiendo
a un saludo clerical.)
FRAILE — ¿Cómo está usted?
TOMAS — (Con desabrimiento.) Pues... muy mal.
FRAILE — ¡Ya puede ver!
Lo comprendo.
TOMAS — (¡Pero esa voz ya la oí,
y esa cara y ese gesto..!)
FRAILE — Si en ello no soy molesto
le diré a que vengo aquí.
TOMAS — ¿Y a qué viene usté?
FRAILE — A salvarle.
TOMAS — ¿De la muerte?
FRAILE — De la muerte.
TOMAS — ¿De qué modo, de qué suerte
puede eso ser?
FRAILE — El librarle
de esa pena tan terrible
es cosa fácil, sencilla.

TOMAS Vea que estoy en capilla.
No es posible.
FRAILE Sí es posible.
TOMAS Mire que sólo un instante
de vida me resta ya.
FRAILE Pues ese instante será
para vivir lo bastante.
TOMAS ¿Cómo es posible vivir?
¡cómo? dígalo enseguida.
FRAILE Hay tras la muerte otra vida,
y hay muerte eterna: a elegir.
Y sí la vida apetece
es preciso confesarse.
TOMAS Padre, puede usté marcharse
si sólo esa vida ofrece.
FRAILE Pero. .
TOMAS No hay pero que valga.
Que marche pronto deseo.
FRAILE ¡Por Dios..!
TOMAS ¡Si yo en Dios no creo!
FRAILE ¡Por la Virgen!
TOMAS Salga, salga.
FRAILE (Mi nombre revelaré.)
¡Amigo! (Poniéndole la mano sobre el hombro).
TOMAS (Dando un paso atrás) !De un fraile yo
amigo?
FRAILE Sí.
TOMAS ¡Rayos! ¡No!
FRAILE Tomás, lo fuiste.
TOMAS No a fe.
¿Mas quién es usté?
FRAILE El culpable
de que hoy estés en capilla. (Tomás le mira detenidamente.)
TOMAS (¡Esto es sueño o pesadilla..!)
!Es usté..?
FRAILE Un ser despreciable.
He sido un gran impostor.
TOMAS (Juro que le he conocido..
Esta figura...)
FRAILE Yo he sido
Roque Bermúdez Camblor.
TOMAS ¡Pero es posible! ¡Usté aquí¡

¡y de fraile disfrazado!
FRAILE Tomás, siempre te he apreciado.
TOMAS ¡Oh cuánto honor para mí!
¡Usté el sabio..?
FRAILE (Interrumpiendo) El ignorante.
TOMAS ¡Usté el ilustre escritor..!
FRAILE El menguado embaucador:
un falsario, un comerciante
en ideas, un bandido
que vivió engañado, sí;
mas ya no soy lo que fuí,
y detesto lo que he sido.
TOMAS ¿Entonces un disfraz no es
ese hábito?
FRAILE Fraile soy.
TOMAS ¿Y cómo ese cambio?
FRAILE Voy
a referirlo.
TOMAS Hable pues.
FRAILE A la justicia temiendo
por mis malvados escritos,
causa de muchos delitos,
en Francia me interné huyendo.
Pero mi buena fortuna
a una villa me llevó,
cual nunca soñara yo
que hubiese villa ninguna.
Porque en ella puso el cielo
de su resplandor un foco,
para que se viera un poco
de la gloria desde el suelo.
Del río Gave en la orilla
una Gruta se levanta,
en la que puso su planta
una Reina sin mancilla.
Ante esa Gruta llegué,
y allí a muchedumbres vi,
y a ninguno conocí,
y de todos me admiré;
porque unidos como hermanos
vi a españoles y franceses,
belgas, prusianos, ingleses,
griegos, suizos e italianos.

Vi unidos en caridad
ancianos, mujeres, chicos,
príncipes. pobres y ricos:
la verdadera igualdad
de lleno imperaba allí.
Vi enfermos pobres, llevados
en brazos de potentados;
pero sobre todo ví,
entre aquella multitud
prosternada y suplicante,
pasar glorioso y triunfante
al Dios que murió en la cruz,
de su poder soberano
dando pruebas evidentes...

TOMAS ¿Ya es usté de los creyentes? (Iuterrumpiéndole)
FRAILE Déjame acabar, hermano.

En una inmensa explanada
y en dos filas divididos,
pálidos, descoloridos,
con la enfermedad marcada
en sus lánguidas mejillas
y en sus cuerpos extenuados,
mil enfermos, colocados
muchos de ellos en camillas
y otros en sus cochecitos,
la procesión esperaban,
y en su aspecto revelaban
sufrimientos inauditos.

Al lado me coloqué
de uno en camilla postrado:
un esqueleto animado
tan sólo era, y exclamé
al verle: «la autoridad
no debe esto consentir;
este hombre se va a morir,
tenerle aquí es necedad».
De pronto ante las camillas
la Custodia apareció,
y la multitud cayó
prosternada de rodillas.
Sólo yo estaba de pié

y en actitud de desprecio,
con la osadía del necio
que no sabe lo que ve.
Se alza la Hostia sacrosanta
para dar la bendición;
se oye ferviente oración,
y un enfermo se levanta...
La multitud se conmueve,
yo me siento emocionado.
¡Suena un grito! ¡Otro curado!
¡tres! . ¡más..! ¡otro .! ¡siete..! ¡nueve..!
Y de la Custodia en pos,
varios de ellos van andando,
con su salud proclamando
que está en la Custodia Dios.
De pronto a mi lado siento
un ¡ay! de angustia, de muerte,
y aquel joven flaco e inerte
de quien hablé hace un momento,
moribundo, agonizante
se encuentra; su vista está
turbada, vidriosa ya,
cadavérico el semblante.
«Retiradle, que se muere»
dice nna voz, y otra dijo:
«no se retira, es mi hijo,
y Dios curarle aquí quiere».
«¡Ayudadle, Virgen Santa,!»
la angustiada madre grita;
y en tanto la Hostia bendita
hacia el grupo se adelanta.
Llega un momento sublime:
ante el pobre pecador
se halla, en prisiones de amor,
el Dios que salva y redime.
El enfermo se incorpora,
abandona su camilla.
¡Curado está! ¡Se arrodilla!
y el público reza... llora...
No sé que pasó por mí:
de rodillas me postré,
y hasta la tierra incliné
mi altiva frente, y creí (Pausa)

¡Cree en Dios, Tomás, Sentí
su presencia en Lourdes yo.
¿Quieres confesarte?

TOMAS No.

FRAILE ¿Dudas aún?

TOMAS Dudo, sí.

FRAILE Lo que te digo es verdad.

TOMAS Yo no lo creo.

FRAILE ¿Por qué?

TOMAS Porque mintió y miente usté.

FRAILE ¿Mentir..?

TOMAS Sí.

FRAILE ¡Qué necedad!
Tomás, no miento ahora yo.

TOMAS ¿No me ha indicado usté aquí
que antes ha mentido?

FRAILE Sí.

TOMAS Pues también ahora.

FRAILE No.

ESCENA XII

El Fraile, TOMAS y el Cabo

CABO Padre, la hora va a dar,
sólo unos minutos tiene.

TOMAS ¡Váyase! ¿Qué le detiene? (Al fraile.)
Yo no quiero confesar. (Vase el Cabo.)

FRAILE ¡Aguarde por Dios, espere! (Al Cabo mientras este cierra la puerta).

ESCENA XIII

El Fraile y TOMAS

FRAILE (¡Ya se fué..!) ¡Por Dios, Tomás!

TOMAS Márchese, está aquí demás.

FRAILE (¡Y sin confesión se muere!
¡Cielos, yo le pervertí
y le encuentro hoy obcecado!)
Oye...

TOMAS Ya hemos terminado.

¡Váyase presto de aquí!

FRAILE — Permíteme estar, Tomás,
en este trance a tu lado.

TOMAS — Id, Bermúdez, que he jurado
no confesarme jamás.

FRAILE — (¡Dios mío, yo le engañé!
¡¡Perdón!!) ¡¡Tomás, por tú madre!!

TOMAS — Márchese de aquí, mal Padre.

FRAILE — No puedo marchar. (Con resolución.)

TOMAS — ¿Por qué?

FRAILE — Porque hay aquí un solo reo,
y ante el tribunal de Dios
somos responsables dos...
Yo también morir deseo.

TOMAS — Responsable, solamente
usté, puesto que ha mentido.
Yo soy sólo un seducido;
usté el reo, el delincuente.

FRAILE — Es verdad. Razón te sobra.
Yo sólo debo morir.
Ahora mismo vas a huir.
¡Ea, manos a la obra!

TOMAS — ¡Mas, cómo, de qué manera..?

FRAILE — Ponte este hábito. Esa blusa (Empieza a quitarse el cordón del hábito.)
me pongo yo. No hay excusa.
¡Ponte este hábito y afuera! (Con decisión al ver que Tomás vacila).

TOMAS — Pero...

FRAILE — ¡Aprisa! ¡Vamos! ¡Anda!
¡que no hay tiempo! ¡Presto¡ ¡listo!

TOMAS — (Señalando a la entrada de la derecha).
Aquí dentro. (No resisto:
con tal imperio lo manda) (Vánse Tomas y el Fraile por la entrada de la derecha.)

ESCENA XIV

El Cabo, que entra en escena y vuelve a salir. Despuès el Fraile y TOMAS, y al final otra vez el Cabo.

Permanece sola la escena durante diez segundos, al terminar los cuales se oye descorrer los cerrojos de la puerta del fondo, por la que entra el Cabo, el cual llegará hasta e centro del escenario, desde cuyo sitio mirará cautelosamente hacia la entrada de la derecha.

CABO (Después de mirar hacia la entrada de la derecha). Están en la confesión. (Vase por el fondo cuya puerta dejará cerrada. Queda otra vez sola la escena el tiempo preciso para que el Fraile y Tomás terminen de cambiar de ropa; ha de ser lo más breve posible este tiempo. Entra por la derecha el Fraile vistiendo la blusa y la gorra de Tomás, y luego Tomás vistiendo el hábito del Fraile. Escusado es decir que entre los actores que representen los papeles de Fraile y Tomás no ha de haber desproporción notable, así como también se ha de procurar la mayor semejanza en las barbas, pelucas, etc.)

FRAILE (Entrando por la derecha) (Por mi causa iba a sufrir
eterna condenación).
(A Tomás que entra por la derecha) Hoy mismo tu conversión
en el cielo he de pedir.
(Abrese la puerta del fondo y entra el Cabo).

CABO (A Tomás, y quedándose cerca de la puerta del fondo.)
Padre, la hora va a dar.
¿Ha despachado ya?

TOMAS Sí.

FRAILE (A Tomás) (¡Qué esperas! ¡Fuéra de aquí!)
(Vánse Tomás y el Cabo).

CABO (A Tomás, mientras ambos trasponen la puerta del fondo).
(¿Le pudo al fin confesar?) (Cierra la puerta del fondo.)

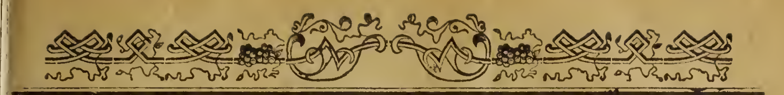
ESCENA XV

FRAILE

Poco al Cabo le faltó
para vernos. Pero ya
no hay miedo; se salvará
mientras por él muero yo.
Esto así. (Calándose la gorra y levantando el cuello de la blusa).
La ejecución
dentro de un poco será;
oscuro aún estará,
y es fácil la confusión
Aunque se halle amaneciendo

me ayudarán la confusa
luz naciente, y esta blusa,
y Díos a quien me encomiendo.
(Poniendo una rodilla en tierra).
¡Oh Dios! si tu providencia
ordena que de esta suerte
sufra por él dura muerte,
cúmplase en mí tu sentencia,
pues merezco mucho más.
Cuando caiga ensangrentado
mi cuerpo ya inanimado,
¡Señor, que crea Tomás!

FIN DEL ACTO 2.º



ACTO TERCERO

La misma habitación del primer acto; apareciendo la puerta de la izquierda cubierta con una cortina. La misma mesa y las mismas sillas. Es de noche; poco tiempo antes de finalizar el acto empezará a amanecer. La habitación estará alumbrada muy débilmente por una bombilla de luz eléctrica.

ESCENA I

LUCILA, que estará a la puerta del fondo mirando hacia el sitio donde se supone está el castillo de Montjuich.

LUCILA
Las seis menos cuarto son;
encapotado está el cielo;
apretada cerrazón
envuelve la población
en negro y espeso velo.
Empieza a relampaguear. (Relampaguea).
La oscuridad es intensa.
Sólo tras la niebla densa
puede el ojo vislumbrar
de Montjuich la mole inmensa.
Como una visión horrible,
que al mirarla se agiganta,
el castillo se levanta.
Aun apenas perceptible,
su negra silueta espanta.
Cuando hendiendo la negrura,
que los espacios domina,
el relámpago fulgura,
se ve sobre la colina
de su mole la figura.
Y a sus huecos enrejados,
cuando el relámpago brilla,
parecen verse asomados

los rostros desesperados
de los reos en capilla.
Allí, en oscura prisión,
la muerte mi hermano aguarda...
Pronto se oirá la explosión
de la siniestra descarga.
¡Oh, me salta el corazón!
A las seis le matarán...
¡Sólo el muere! ¿Dónde fueron
los que al crimen le indujeron¿
¿Por qué en capilla no están?
¿Es esto justicia?
(Al ver llegar a Juan) ¡Juan!

ESCENA II

LUCILA, y JUAN que entrará por el fondo.

JUAN ¿Cómo aquí tan temprano?
LUCILA Desahogando mis penas.
JUAN Más bien creo
que las aumentes más; que según veo
miras hacia Montjuich.
LUCILA Mi pobre hermano
espera allí la muerte.
JUAN Y porque allí clavada
con ansiedad mantengas tu mirada,
no cambiará su suerte,
ni le alivias en nada,
y es para tí el dolor mucho más fuerte.
A esa pena extremada
precisas con valor sobreponerte,
para prestar alivio a tu cuñada.
LUCILA Aliviarla quisiera,
¿pero de qué manera
si no hay remedio alguno a su tormento,
y todo en derredor le causa espanto?
Cada vez que aquí llega se despierta
en su ánimo el pavor si ve esa puerta. (Señalando a la puerta de la izquierda).
Y aunque con el intento
de apartar de sus ojos
el recuerdo que encierra ese aposento,
en lugar de la puerta desquiciada,

coloqué esa cortina,
es tan hondo el terror que la alucina,
que retrocede a veces espantada.

JAN No me extraña, es mujer, es una esposa,
y es muy amargo el caliz que ella apura.

UCILA Pero aun hay otra cosa
triste, terrible, horrenda;
que la infunde pavura,
poniéndola en linderos de locura:
y es la invencible obstinación tremenda
del infeliz Tomás.

JAN Se niega acaso...

UCILA Se niega a confesar. ¡Pobre María!
Ansiosa de ganarle para el cielo,
forzando el corazón con santo anhelo,
subió al Castillo con ligero paso;
instó, rogó con singular porfía,
con súplica vehemente;
pero todo fué en vano:
¡morirá el desdichado impenitente!
¡Haced, Virgen clemente,
que se salve mi hermano!

UAN ¿Pero no hay esperanza?

.UCILA Es imposible
vencer su pertinacia.
Y aun llegó al colmo su impiedad terrible:
con bárbaro cinismo,
con infernal audacia
le dijo así a María: «No hay infierno,
y si es que existe, hoy mismo
vendré desde el abismo
a darte de ello cuenta.»

UAN ¡Dios eterno!

.UCILA Y esta promesa impía
de tal manera impresionó a María,
la hirió tan hondamente,
que no la aparta un punto de la mente;
la produce congojas de agonía;
y reflejando espanto su mirada,
trémula, desolada
por indecible pena;

»¡pobre Tomás», exclama, «se condena!
»¡Se condena!» repite; luego grita
descompuesta, alocada,
presa de ansia inaudita,
y se desploma al suelo desmayada.

JUAN ¡Mucho padece!

LUCILA Mucho, de tal suerte
que temo que la mate el sufrimiento.

JUAN Puede el vivo pesar darle la muerte
Necesario es, Lucila,
que te hagas fuerza para hacerte fuerte,
y consolarla. Yo entraré un momento;
y entretanto procuraestar tranquila. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

LUCILA

LUCILA Pero si él a Tomás ha denunciado
no debiera de entrar. ¡Oh que tormento
es pensar que él pudiera
ser un traidor..! Me lo han asegurado...
¿Mienten..? ¿me han engañado. ?
¡Mienten! Si traidor fuera...
aunque quisiera odiarle no pudiera.

ESCENA IV

LUCILA, SALDAÑA y MARTIN. (Estos entran por el fondo).

SALDAÑA (Entrando por el fondo)
Lucila.

LUCILA ¡Aquí tan temprano..!

SALDAÑA Es que hemos visto a tu hermano,
y por eso hemos venido.

LUCILA ¿Y qué dice?

SALDAÑA Solamente
una preocupación
le turtura el corazón
y hasta le embarga la mente.

LUCILA ¿Y cuál es?

SALDAÑA Se desespera

cada vez que en ella da;
y en ella tan fijo está
que yo no encontré manera
de calmarle.

LUCILA ¡Es el morir
lo que tanto le atormenta.

SALDAÑA La muerte no le amedrenta;
sereno la ve venir.

LUCILA Entonces decid: ¿por qué
se encuentra desesperado?

MARTIN Contra el que le ha denunciado
se excita.

LUCILA ¿Sabe quien fué?
¿Sigue aún en la obsesión
de que le denunció Juan?

SALDAÑA Todos en decirlo dan...

LUCILA Sin razón.

SALDAÑA O con razón.

LUCILA No, si Juan hubiera sido
no hubiera vuelto aquí más.

MARTIN Por disimular quizás
puede que hubiera venido.

SALDAÑA Sí, que el dejar de venir
era a sí mismo acusarse.

LUCILA No es posible pueda darse
tan extremado fingir,
tan inicuo proceder.
Y bien: ya que le acusáis
decid: ¿qué pruebas me dais
para que os pueda creer?
Ni vosotros, ni Tomás
me disteis prueba ninguna.

MARTIN Pues la hay.

LUCILA Venga sólo una,
una prueba nada más.

SALDAÑA Las hay; pero tú no sabes
por qué Tomás las calló.

LUCILA No.

SALDAÑA Por lo mismo que yo;
porque son secretos graves.

LUCILA Si en asunto, que a fe mía,
tanto me interesa, hubiera
secreto, me lo dijera

mi hermano.

SALDAÑA — No; pues tendría
para enterarte del caso,
al descubrir el secreto,
que nombrar algún sujeto,
y es comprometerle acaso;
pues has de saber que alguién
de la misma policía
pertenece a la anarquía...
y a Juan descubrió.

MARTIN — (¡Muy bien!)

LUCILA — Pero sin pruebas...

SALDAÑA — Estás
muy necia. ¡Por Belcebú!
¿qué más necesitas tú,
si te lo jura Tomás?
¡Habías de verle, sí,
maldecir tu mismo nombre.

LUCILA — (¡Cielos!)

SALDAÑA — Al saber que ese hombre
viene a verte, . y entra aquí...!
Y al verle la gente entrar
murmuran a su sabor:
y te hacen poco favor,
Lucila, con mormurar.

LUCILA — ¡Basta! Juan es inocente:
lo sé. Critique en mal hora
la gente murmuradora:
nada me importa esa gente.
Decís que Juan denunció:
mas ninguna prueba dais.
Sin motivo lo afirmáis:
con razón lo niego yo. (Vase por la derecha).

ESCENA V

MARTIN y SALDAÑA

MARTIN — De Juan está enamorada:
no hay nadie que la convenza.

SALDAÑA — Mas preciso es que yo venza
en lucha tan empeñada.

MARTIN — (Lo dudo).

SALDAÑA Estaré en acecho,
y si todo sale mal,
Martín, tengo aquí un puñal:
se lo clavaré en el pecho. (Vanse por el fondo).

ESCENA VI

TOMAS que entrará por e' fondo apresuradamente y vistiendo el hábito de fraile, y con la capucha echada

TOMAS La vida otra vez me juego:
pero verlas es preciso. (Se asoma á la puerta de la derecha).
¡Hay gente! ¡Qué compromiso!
¡Y qué hacer? ¡Pues marchar luego.
Sí, me pueden conocer.
Hay que huir presto, enseguida.
¿Mas cómo emprender la huida
sin hablar con mi mujer?
¡Y sin dinero..!

ESCENA VII

TOMAS y el Corresponsal que entrará por el fondo con su pequeña máquina de fotografiar.

CORPSAL (El retrato
tendrán del bravo anarquista
sin duda aquí.)
TOMAS (¡El periodista!
Si me descubre le mato.) (Se cala más la capucha procurando siempre dar la espalda al Corresponsal).
CORPSAL Yo soy el Corresponsal
artístico, fotográfico
del famoso Siglo Gráfico;
gran revista samanal.
TOMAS (Le voy a dar en la testa
un puñetazo.)
CORPSAL Y quería
pedir la fotografía
del reo. (Pausa). (No me contesta.)
¡Esto es muy raro! Pudiera

ser sordo). El Corresponsal. (En voz alta y acercándose a Tomás).
soy del...

TOMAS (Interrumpiendo). Chist

CORPSAL (¡Es especial
este fraile!)

TOMAS (¡Le echo afuera!)

CORPSAL (Su retrato en la revista
será un asunto curioso.
Haría un contraste hermoso
junto al del bravo anarquista.)

TOMAS (¡No aguanto más!)

CORPSAL (Veré a ver..)
Padre, yo desearía
sacar su fotografía. (Tomàs hará señas negativas)
(¡No quiere? Pues ha de ser.)
Voy la luz a preparar.
Verá que pronto le enfoco.

TOMAS Que le voy a estrangular
si no se marcha. (Con energía y volvièndose hacia el Corresponsal).

CORPSAL (¡¡Está loco!!) (Márchase precipitadamente por el fondo).

ESCENA VIII

JUAN, LUCILA, y TOMAS, éste únicamente en el momento en que se asoma tras de la cortina.

TOMAS ¡Gente viene! Aquí me escondo. (Vase por la izquierda, dejando la cortina echada).

JUAN (Entrando por la derecha)
¡Pero si no hay nadie aquí!

LUCILA Pues yo disputar oí.

JUAN Yo también.

LUCILA De ello respondo.

TOMAS (¡La voz de Juan! ¡Le asesino!) (Asomàndose tras de de la cortina y volviendo a retirarse)

LUCILA ¿Mas quién entró aquí?

JUAN Sería
alguno que pasaría
por la calle harto de vino.

LUCILA O tal vez vana ilusión.

JUAN — Voy a mirar por si acaso. *(Vanse Juan y Lucila por la puerta del fondo).*

ESCENA IX

TOMAS *que sale del cuarto de la izquierda y coge sobre la mesa una cuchilla de zapatero.*

TOMAS — De parte a parte le paso
el villano corazón!
¡Venir aún a mi casa!
Viértase su sangre luego,
y apáguese en ella el fuego
de la furia que me abrasa.
Ya llegan. ¡Ea, a vengarme! *(Colocándose tras la puerta del fondo.)*
Mas oigo a otros hablar...
¡Ya no me puedo véngar!
Lo suspendo, y a ocultarme. *(Vase por la izquierda dejando la cortina echada.)*

ESCENA X

LUCILA *y* JUAN, *que entran por el fondo, cruzan la escena y se van por la derecha;* SALDANA *y* MARTIN *que entran por el fondo y permanecen en la escena, y* TOMAS, *éste a su tiempo o sea al final de la escena,*

LUCILA — Entra, Juan. *(Al llegar junto a la puerta de la derecha mandándole que entre por la misma).*
(A Saldaña y Martín) Adios. *(Váuse por la derecha Lucila y Juan).*

MARTIN — Adios.

SALDANA — ¡Suerte tuvo, vive el cielo!
Salió Lucila con él,
y a eso debe el no estar muerto,
que si llego a verle solo. . .
Pero en fin... aquí me quedo.
(Se sienta Saldaña y también Martín al lado de la mesa de zapatero, que estará como en el primer acto en e fondo y a la izquierda de la puerta de la calle y muy cerca de la puerta de la izquierda que está cubierta ahora por la cortina).
y cuando salga...

MARTIN — ¿Qué?

SALDAÑA — Nada;
cuando salga ya veremos
quien de los dos...

MARTIN — Aquí no.

SALDAÑA — Aquí ha de ser.

MARTIN — No seas necio;
que en manos de fa Justicia
caerás.

SALDAÑA — Estoy tan ciego,
tal sed tengo de su sangre,
que no me arredra el ir preso.

MARTIN — Mátale, si tanta sed
de veuganza hay en tu pecho;
mátale, pero no aquí;
que si ciego estás, no apruebo
quc trastornado ejecutes
lo que debes de hacer cuerdo.
Busca un sitio solitario,
busca una ocasión: con tiento
se deben hacer las cosas
para no llorarlas luego
inutilmente.

SALDAÑA — Martin,
hoy todo lo buscaremos.

MARTIN — ¿Hoy? ¿Para qué tanta prisa?

SALDANA — Porque me matan los celos;
porque el ansia de vengarme
me asfixia ya; porque veo
que no se consigue nada
con artimañas y enredos.

MARTIN — ¿Nada?

SALDANA — ¡De qué nos valió
culpar a Juan? ¡Vano intento!
Tomás creyó la patraña;
Lucila no la dió crédito.
Sirvió la calumnia sólo
para mi mayor despecho.
Esto por lo que a Juan toca;
que en cuanto al negocio nuestro
tampoco dió resultado
la denuncia.

MARTIN — Por lo menos
esa nos trajo ventajas;

que auxiliares nos hicieron
de la policía, y ya
somos algo.

SALDAÑA Pero eso
bien poco es.

MARTIN Es lo bastante;
pues de burgueses hacemos
vida, y sin trabajar nada
cobramos decente sueldo,
y gozamos además
de estimables privilegios

SALDAÑA ¡Privilegios!

MARTIN Sí, ¿no entramos
a hablar con algunos presos
a nuestro antojo, y no vimos
a Tomás en cualquier tiempo
en la cárcel?

SALDAÑA Pocas gracias:
fué el nuevo oficio ejerciendo;
pues averiguar querían
si había cómplices. Pero
lo importante, Martin, es
que no parece el dinero;
que ofrecieron diez mil duros,
que hemos sido los primeros
en denunciar a Tomás,
y que esos duros...

MARTIN ¡Qué veo!

SALDAÑA ¿Qué?

MARTIN ¡Se mueve esa cortina!

SALDAÑA ¡Que se mueva! ¡Si es el viento!

MARTIN Pues yo juraría.

SALDAÑA ¡Bah!
¿Piensas que está alguno dentro?
Pues bien, volviendo al asunto:
digo que no me arrepiento
de la denuncia; que al fin
hemos librado el pellejo,
y bueno es que Tomás muera
pues con él muere el secreto.

(Entra Tomás por la puerta izquierda con la cuchilla en la mano).

TOMAS Y vosotros a mis manos. (Lanzándose sobre ellos.)

SALDAÑA ¡¡Tomás!!

MARTIN ¡¡El demonio!!

(Huyen aterrados por el fondo Martin y Saldaña tropezando con la mesa y derribándola al huir. En el momento de trasponer Saldaña la puerta le estará ya dando alcance Tomás, el cual desaparece también por el fondo. Queda un breve momento sola la escena (cinco segundos a lo sumo) y vuelve Tomás a entrar por la puerta del fondo, con la cuchilla en la mano.)

TOMAS El hierro
le alcanzó: tinto está en sangre.
Llega gente. Aquí me vuelvo. (Vase por la puerta de la izquierda, cuya cortina permanecerá echada.

ESCENA XI

MARIA, LUCILA, y JUAN que entrarán por la puerta de la derecha,) Esta escena se desarrollará rápidamente.

MARIA ¡Qué ocurre?
LUCILA ¡Qué ha sucedido?
JUAN ¡Si no hay nadie!
MARIA ¡Se han marchado!
LUCILA ¿Pero quién habrá gritado?
MARIA Fué reyerta.
JUAN ¡Broma ha sido!
MARIA ¡Es extraño lo que pasa!
LUCILA ¡Y esta mesa por el suelo!
MARIA Tiene maldición del cielo
sin duda alguna esta casa.
JUAN Veo dos bultos. (Asomándose a la puerta del fondo y saliendo precipitadamente por ella y en dirección hacia doude se supone que está Montjuich.

ESCENA XII

MARIA y LUCILA

LUCILA (Corriendo hacia la puerte del fondo). ¡Juan! ¡Juan!
¡Déjale!
(Asomándose a la puerta) ¡Virgen bendita!
¡Corre que se precipita!
(Suenan seis campanadas en el reloj de una iglesia. vecina.)
MARIA (Lanzándose precipitadamente hacia la puerta del fondo),

¡¡La hora cielos!!

LUCILA ¡¡Las seis dan!!

MARIA (Mirando hacia el sitio donde se supone está Montjuich
¡¡Luz siniestra reflejaron
las paredes del Castillo!!.

LUCILA ¡¡Fué de la descarga el brillo!!.
(Sonará el ruido do una lejana descarga de fusilería).

MARIA ¡¡Ay!!

LUCILA ¡¡Dios Santo!!

M. y L. ¡¡Le mataron!!

LUCILA ¡Oh que desgracia!

MARIA ¡¡Ay de mí!!
¡¡Al infierno fué quizás!!
¡¡Tomás!! ¡¡Donde estás, Tomás!!
¡¡Dónde, dónde estás? (Mientras pronuncia María estos tres últimos versos habrán retrocedido ella y Lucila hacia el centro del escenario y habrán quedado de espalda a la puerta de la izquierda, y Tomas sin ser por ellas visto, al terminar de pronunciar María el último verso, sale de dicho cuarto, y avanzando un paso hacia ellas y colocándose a su espalda dice:)

ESCENA XIII

MARIA, LUCILA y TOMAS

TOMAS Aquí. (Al ver a Tomás, tanto María como Lucila le toman por un aparecido y llenas de terror dan cada una de ellas un grito.)

LUCILA ¡¡Virgen Santa!! (Huyendo espantada por la puerta de la derecha.)

MARIA ¡¡Madre mía!! (Quedando aterrada con los ojos clavados en Tomás y retrocediendo paso a paso y agitadísima, trémula, dirá lo que sigúe:)
¡¡Huye.. mons...truo... del. . evermo.!!
¡¡Vuel...ve.. vuel...vete al...in...fierno.!!
(Tomás se habrá quedado como petrificado al ver que le toman por un aparecido)

TOMAS ¡¡Cálmate!! !Soy yo, María!
¡Ven a mis brazos!
(Todas las palabras entrecortadas que ha de pronunciar María en esta escena las dirá con relativa rapidez y con relativa rapidez se ha de hacer o decir todo lo que a esta escena se refiere).

MARIA (Terriblemente espantada.) ¡¡No!! ¡¡No!!
¡¡Ya... sé... que estás... con...de...nado...

Por...que al... frai...le aquí has... odiado...
Dios... ese há...bito... te ..dió!!

TOMAS ¡¡Pero!!

MARIA ¡¡Már.. cha..te... de a...quí!!
¡¡Ay!! ¡¡Ay!! (Dando dos gritos terribles en el colmo del espanto y cayendo desplomada al suelo).

TOMAS ¡¡Se muere de espanto!!
(Cayendo de rodillas o mejor dicho con una rodilla en tierra y levantando los brazos al cielo).
¡¡Perdón!! Creo en Vos, Dios Santo!!
¡Bermúdez rogó por mí!
Rogó, sí; porque yo veo
algo grande... no sé qué...
¡Es luz..! ¡la luz de la fe!
¡Perdón, ¡Señor! ¡Creo! ¡creo!

FIN DEL DRAMA

ADVERTENCIAS referentes al segundo acto.

Una pequeña mesa arrimada á la pared del fondo servirá de altar á un crucifijo, al que alumbrarán dos velas de cera. Como el calabozo se supone que está únicamente alumbrado por esas dos velas, habrá en la escena luz escasa.

Al final de la escena 4.ª en el momento en que Saldaña y Martín se acercan á la puerta del fondo para marcharse, entrará por dicha puerta el Corresponsal, saliendo ellos al entrar èste.

Al final de la escena 5.ª, al marcharse el corresponsal, fingirá mirar hacia afuera por la mirilla de la puerta del fondo, como para indicar al Cabo que le abra la puerta. Lo mismo hará María al marcharse al terminar la escena 6.ª Al abrirse y cerrarse la puerta se dejará ver un momento el Cabo, que es quien la abre y la cierra.

Durante la escena 7.ª estará cerrada la mirilla de la puerta y tambien estará cerrada la mirilla durante las escenas 11, 12 y 13, viéndose que se descorre al principio de la escena 14, momentos antes de entrar el Cabo por primera vez en dicha escena.

